

FRANCES MAYES



BAJO EL SOL  
DE  
TOSCANA

Después de pasar algunos veranos en Italia y enamorarse de la región de la Toscana, una profesora y poeta norteamericana, cansada de vivir en la ciudad, decide dejarlo todo y comprar una casa en el campo. Empieza entonces un nuevo aprendizaje y el abandono de los vicios urbanos. Hay que recuperar los olores del mundo y tocar con las manos la materia prima de la tierra. Ejercer la posibilidad de una comunicación personal no enrarecida por la agresión del tiempo y descubrir en los sosegados ritmos del jardín la postergada posibilidad de un encuentro consigo mismo.

Desde el sugerente paisaje italiano, Francés Mayes propone al lector una auténtica evasión: hacia el optimismo y el equilibrio definitivo.

Bajo el sol de Toscana es un libro de memorias y, al mismo tiempo, el diario personal de un viaje hacia la paz y la sencilla verdad de las cosas, una guía de la excelente cocina mediterránea, y una apología de los placeres de los que no debemos prescindir.

Una vívida, delicada y entrañable inmersión sensorial en la apacible región de la Toscana, narrada con sensibilidad y devoción para despertar sensaciones dormidas.

## Prefacio

—¿Qué tiene plantado ahí? —El tapicero lleva un sillón hacia la casa, pero sus ojos sagaces están puestos en la tierra.

—Olivos y vides —respondo.

—Por supuesto, pero, ¿qué más?

—Hierbas, flores... No estamos aquí en primavera, así que no podemos plantar gran cosa.

Deja el sillón sobre la hierba húmeda y observa con detenimiento los olivos podados de las terrazas, en las que estamos destapando y restaurando los antiguos viñedos.

—Plante patatas —me aconseja—, se cuidan ellas solas. —Señala la tercera terraza—. Allí, a pleno sol, es el sitio ideal para las patatas, patatas rojas, amarillas, patatas para *gnocchi di patate*.

De modo que, al principio de nuestro quinto verano aquí, estamos plantando las patatas para nuestra comida. Crecen con tanta facilidad... Es como encontrar huevos de Pascua. Me sorprende lo limpias que son: un poco de agua y relucen.

La forma en que conseguimos las patatas es como todo cuanto nos ha sucedido aquí, durante los cuatro años que hemos pasado transformando esta casa toscana abandonada y la tierra. Observamos a Francesco Falco, que ha pasado la mayor parte de sus setenta y cinco años cuidando viñas, enterrar los zarcillos de una vieja vid para que pueda brotar una planta nueva. Hacemos lo mismo. Las vides crecen. Como extranjeros que hemos tenido la fortuna de aterrizar aquí, probaríamos cualquier cosa. Buena parte del trabajo de restauración lo hicimos nosotros mismos: un logro,

como diría mi abuelo, fruto de nuestra completa ignorancia.

El verano de 1990, el primero que pasamos aquí, traje un enorme libro en blanco con cubiertas de papel florentino y lazos de cuero azul. En la primera página escribí ITALIA. Parecía un libro más indicado para escribir poesía inmortal, pero en vez de eso, empecé con listas de flores silvestres, listas de proyectos, palabras nuevas, dibujos de mosaicos de Pompeya. Describí habitaciones, árboles, el canto de los pájaros. Un consejo de horticultura: «Plantar girasoles cuando la luna entre en Libra», aunque ignoraba cuándo podía ser eso. Escribí sobre la gente que conocíamos y la comida que cocinábamos. El libro se convirtió en la crónica de nuestros primeros cuatro años aquí. Ahora está lleno de menús, postales de cuadros, el esquema de la planta de una abadía, poemas italianos y esquemas con la disposición del jardín. Como es tan grande, aún me queda espacio para unos cuantos veranos. Ese libro azul se ha convertido en *Bajo el sol de Toscana*, un producto natural de mis primeros placeres en este lugar. Restaurar y luego mejorar la casa; transformar una jungla desbordante en lo que debe ser: una granja de olivos y viñas; explorar las innumerables capas de Toscana y Umbría; cocinar en una cocina extranjera y descubrir los múltiples vínculos que hay entre comida y cultura... Estos intensos placeres enmarcan el placer más profundo de aprender a vivir otro tipo de vida. En el hecho de enterrar el zarcillo de una vid para que pueda brotar una planta nueva reconozco fácilmente una metáfora de la necesidad de que la vida cambie de vez en cuando para que nuestro pensamiento evolucione.

Durante estos primeros días de junio debemos despejar las terrazas de malas hierbas para que cuando el calor apriete en julio y la tierra se seque estemos protegidos contra el fuego. Del otro lado de la ventana, me llega el sonido de las tres máquinas de desbrozar, que zumban como abejas gigantes. Mañana vendrá Domenico para roturar las

terrazas y devolver la hierba triturada a la tierra. Su tractor sigue las curvas establecidas por los bueyes tiempo ha. Ciclos. Aunque las desbrozadoras y la máquina roturadora hacen el trabajo más deprisa, siento que también yo he entrado en este antiguo ritual del verano. Italia tiene miles de años de profundidad y aquí estoy yo, en la capa más externa, sobre una pequeña parcela de tierra, admirando las azucenas naranjas que salpican la falda de la colina. Mientras admiro las flores, un anciano se detiene en el camino y me pregunta si vivo aquí. Me dice que conoce bien esta tierra. Calla y observa el muro de piedra, luego, con voz serena, me dice que a su hermano lo mataron aquí. A los diecisiete años, porque sospechaban que era partisano. No deja de asentir con la cabeza y sé que el escenario que está viendo no es mi jardín de rosas, no es mi seto de salvia y lavanda. Ha pasado de largo. Me lanza un beso. «*Bella casa, signora*». Ayer encontré un retazo de aciano azul en torno al olivo donde quizá cayera su hermano. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Una semilla que dejó caer algún tordo? ¿Se habrá extendido el año que viene al resto de la terraza? Los lugares antiguos existen en ondas sinusoides de tiempo y espacio que se curvan en alguna suerte de movimiento logarítmico en el que estoy empezando a avanzar.

Abro el libro azul. Escribir sobre este lugar, nuestros descubrimientos, nuestras idas y venidas, también ha sido un placer. Muchos siglos atrás, un poeta chino hizo notar que recrear algo en palabras es como vivir dos veces. Del mismo modo, buscar el cambio probablemente implica siempre el deseo de prolongar el espacio físico en el que uno vive. *Bajo el sol de Toscana* recrea ese espacio. El lector, así lo espero, será como un amigo que viene de visita, que aprende a amasar la harina sobre el grueso poyo de mármol y añadir el huevo, un amigo que despierta al oír al cuco cantar desde el tilo y pasea por la terraza cantándole a las parras; que coge canastas de ciruelas y me acompaña a pueblos de la colina con torres circulares y geranios des-

bordantes y quiere ver las olivas desde el primer día. Un invitado en época de vacaciones es más sensible a los placeres. ¿No siente ya el susurro de la brisa en torno a aquellas estatuas de mármol? Como viejos campesinos, podríamos sentarnos frente al hogar, tostando rebanadas de pan con aceite, beber un joven Chianti. Después de visitar habitaciones de vírgenes renacentistas y de recorrer los polvorientos caminos que vienen de Umbertide, preparo una sartén de pequeñas anguilas fritas con ajo y salvia. Hay dos gatos acurrucados bajo la higuera. Se está fresco. Lo he contado: oigo el arrullo de la paloma sesenta veces por minuto. La muralla etrusca que queda más arriba de la casa data del siglo VIII a. C. Podemos hablar. Tenemos tiempo.

*Cortona, 1995*

# Capítulo 1

## ***Bramare* (arcaico): Ansiar**

Estoy a punto de comprar una casa en un país extranjero. Una casa con el bonito nombre de Bramasole. Es alta, de planta cuadrangular y color albaricoque con postigos de un verde pálido, un antiguo tejado de tejas, y un balcón en la primera planta con balaustrada de hierro forjado, donde tal vez en otro tiempo las damas se sentaban con sus abanicos a contemplar algún espectáculo. Pero abajo, campan a sus anchas los zarzales, marañas de rosas, y malas hierbas que llegan a la altura de la rodilla. El balcón da al sudeste, a un profundo valle y, más allá, están los Apeninos toscanos. Cuando llueve o cambia la luz, la fachada de la casa se vuelve dorada, siena, ocre; la pintura escarlata anterior afloja en manchas rosadas, como una caja de carboncillos que se derrite al sol. Allá donde el estuco ha caído, se observa una piedra rugosa que en otra época constituyó la fachada. La casa se eleva sobre una *strada bianca*, un sendero de grava blanca, en un lado de la colina cubierto de árboles frutales y olivos. Bramasole: de *bramare*, «ansiar», y *sole*, «sol»: algo que ansia el sol, y, sí, yo lo ansío.

El sentido común de la familia les hace oponerse con firmeza a esta decisión. Mi madre ha dicho: «Ridículo», poniendo un énfasis especial en la segunda sílaba, *ridículo*, y mis hermanas, aunque están entusiasmadas, tienen miedo, como si yo tuviera sólo dieciocho años y estuviera a punto de escaparme con un marinero en el coche de la familia. Yo

también tengo mis dudas. Las rígidas sillas de la oficina exterior de la *notaio* no ayudan. Las crines de caballo de la silla me pican a través del fino vestido de lino cada vez que me muevo, lo cual hago a menudo en esta sala de espera en ángulo de cien grados. Miro para ver qué está escribiendo Ed detrás de un recibo: *parmigiano*, salami, café, pan. ¿Cómo es posible? Finalmente, la *signora* abre la puerta y su italiano torrencial se desborda sobre nosotros.

El *notaio* no tiene nada que ver con el notario: es la persona que se encarga oficialmente de las transacciones de bienes raíces en Italia. Nuestra *notaio*, la *signora* Mantucci, es una siciliana pequeña y fiera con gruesas gafas de color que hacen que sus ojos verdes parezcan más grandes. Habla más deprisa que ningún otro ser humano que yo haya oído nunca. Lee largas disposiciones legales en voz alta. Pensaba que el italiano siempre era un idioma melifluo; pero ella hace que suene como piedras que se estrellan contra el suelo. Ed la mira con arrobó: sé que está hechizado por el sonido de su voz. De pronto, el propietario, el doctor Carta, piensa que ha pedido demasiado poco; sin duda así es, puesto que hemos accedido a comprar. Su precio nos parece exorbitante. Sabemos que es exorbitante. La siciliana no se detiene, no permite que nadie la interrumpa, excepto Giuseppe, del bar de abajo, que de pronto abre las oscuras puertas con una bandeja en alto y parece sorprendido al ver allí sentados a sus clientes *americani* casi bizcos por la confusión. Le trae su vasito de *espresso* de media mañana a la *signora*, y ella se lo toma de un trago, casi sin detenerse. El dueño espera poder declarar que la casa tiene un precio, aunque en realidad el precio es mucho mayor. «Es así como se hace —insiste—. Nadie está lo bastante loco como para declarar el valor real.» Propone que traigamos un cheque a la oficina de la *notaio* y le entreguemos diez cheques más pequeños literalmente por debajo de la mesa.

Anselmo Martini, nuestro agente, se encoge de hombros.

Ian, el agente inmobiliario inglés a quien hemos contratado para que nos ayude con el idioma, también se encoge de hombros.

El doctor Carta concluye: «¡Americanos! Se toman las cosas demasiado en serio. Y, *per favore*, fechen los cheques con una semana de intervalo para que el banco no sospeche.»

¿Se refería al mismo banco que yo conozco, cuyo oficinista, de ojos endrinos, realiza lánguidamente una transacción cada quince minutos, entre cigarrillos y llamadas telefónicas? De súbito, la *signora* da por concluida la entrevista, revuelve los papeles en una carpeta y se levanta. Podemos volver cuando el dinero y los papeles estén listos.

En el hotel, una de las ventanas de nuestra habitación tiene una vista impresionante sobre los antiguos tejados de Cortona y la oscura extensión del Val di Chiana. Un viento caliente y agreste, el *scirocco*, está volviendo un poco loca a gente normal. En mi caso, parece reflejar un estado de ánimo. No puedo dormir. En Estados Unidos, he comprado y vendido unas cuantas casas con anterioridad... Cargábamos el coche con la porcelana de mi madre, el gato y el ficus y recorríamos los ocho u ocho mil kilómetros que nos separaban de la siguiente puerta o casa en la que introducir nuestra nueva llave. Evidentemente, algo tiene que alterarse en la persona cuando el techo que tiene sobre su cabeza está en juego, puesto que vender significa desprenderse de una serie de recuerdos y al comprar eliges el lugar donde vas a vivir el futuro. Y el sitio, que nunca es neutral, por supuesto, también influye. Aparte de eso, están las cuestiones legales y otras contingencias. Pero aquí todo absolutamente parece conspirar para dejarme a oscuras.

Italia siempre ha tenido un magnetismo especial para mí. Y durante los cuatro veranos que llevamos alquilando granjas por toda Toscana, no he dejado de pensar en las casas. Primero Ed y yo alquilamos con unos amigos, y la primera noche ya empezamos a calcular, a imaginar, si juntando los ahorros de los cuatro podríamos comprar la ruinoso casa de piedra que veíamos desde la terraza. Ed enseguida se enamoró de la vida de granja y deambulaba por las tierras de nuestros vecinos, observando su trabajo diario. Los Antolini tenían una plantación de tabaco, una cosecha hermosa, aunque odiada. Podíamos oír a los trabajadores gritar «*Vípera!*» para avisar a los otros de la presencia de una serpiente venenosa. Al atardecer, una neblina azul violácea se elevaba de las hojas oscuras. La granja bien ordenada parecía pacífica desde el privilegiado observatorio de nuestra terraza. Nuestros amigos no volvieron, pero durante las tres siguientes vacaciones, la búsqueda de una residencia de verano se convirtió en algo primordial para nosotros..., tanto si encontrábamos casa como si no, teníamos la oportunidad de visitar lugares donde se hacía aceite puro de oliva, de descubrir hermosas iglesias románicas de pueblo, de deambular entre los viñedos por remotos caminos, de detenernos a probar el más dulce Brunello o el *Vino Nobile* más negro. Buscar casa te da una perspectiva mucho más amplia. Cada semana visitábamos mercados buscando algo más que unos simples melocotones para ir de excursión; estudiábamos con detenimiento la calidad y la variedad de los productos, planificando mentalmente cenas de cumpleaños, nuevas vacaciones y desayunos para invitados de fin de semana. Pasábamos horas sentados en las *piazas* o bebiendo limonadas en bares locales, haciéndonos secretamente una idea del ambiente en el lugar. Muchas veces puse mis pies ampollados en remojo en los bidets de los hoteles, o me los masajeeé con pomada, después de haber recorrido kilómetros de calles pedregosas. Cargábamos con nuestros libros de historia, guías turísticas,

guías de flores silvestres y novelas a cada hotel y casa que alquilábamos. Siempre preguntábamos a los lugareños dónde les gustaba comer y acabábamos en restaurantes que nuestras numerosas guías no mencionaban. Los dos sentimos una curiosidad insaciable por las ruinas de los castillos que vemos recortados en las colinas. Mi idea del cielo sigue siendo recorrer los caminos de grava de Umbría y Toscana, agradablemente perdida.

Cortona fue la primera ciudad donde nos alojamos, y no dejamos de volver allí durante los veranos en que alquilamos casas fascinantes y peculiares en las inmediaciones de Volterra, Florencia, Montisi, Rignano, Vicchio, Quercegrossa. Una tenía una cocina en la que no cabían dos personas juntas, pero desde allí se veía un trocito del Arno. En otra no había ni agua caliente ni cuchillos en la cocina, pero la casa estaba construida sobre unas murallas medievales que daban a unos viñedos. Una tenía varias vajillas de porcelana para cuarenta personas, y un número incontable de vasos y cubiertos de plata, pero el congelador hacía demasiado hielo y cada día, hacia las cuatro, la puerta se abría, desvelando el nuevo iglú. Cuando el tiempo era húmedo sentía un hormigueo cada vez que tocaba algo en la cocina. Cuentan que, en la propiedad, Cimabue descubrió al joven Giotto dibujando una oveja en la tierra. En otra casa, los colchones de las camas se hundían por el medio crujiendo aparatosamente. Entraban murciélagos por la chimenea y los gusanos que había en las vigas provocaban una lluvia constante de serrín sobre nuestras almohadas. La chimenea era tan grande que podíamos sentarnos en ella mientras asábamos nuestras chuletas de ternera y los pimientos.

Recorrimos cientos de kilómetros polvorientos para ver casas que luego resultaban estar en la llanura aluvial del Tíber o tenían vistas a una mina a cielo abierto. El agente de Siena nos prometió alegremente que dentro de veinte años la vista sería maravillosa; la reforestación de zonas sometidas a explotación se hacía por ley. Una gloriosa casa me-

dieval era increíblemente cara. El campesino de dientes aserrados que conocimos en un bar intentó vendernos la casa de su infancia, un gallinero de piedra sin ventanas adosado a otra casa, donde unos perros agresivos no dejaron de ladrarnos tirando con violencia de sus cadenas. Nos quedamos prendados de una casa en las afueras de Montisi. La dueña, una *contessa*, nos dejó visitarla durante cuatro días, y después decidió que necesitaba una firma de Dios antes de venderla. Tuvimos que irnos antes de que la firma llegara.

Cuando pienso en esos lugares, me resultan ridículamente extraños, también Cortona. Ed no lo ve así. Cada tarde, observa a la joven pareja que intenta atravesar la *piazza* con su hijo recién nacido en el cochecito. Cada pocos pasos alguien los detiene. Todos rodean el cochecito. Se inclinan para ver la cara del niño, hacen ruidos, lo elogian. «En mi siguiente vida —me dice Ed—, quiero reencarnarme en un bebé italiano.» Está por completo inmerso en la vida de la *piazza*: el hombre sensual y moreno que se sube la manga para que se le vean los músculos cuando apoya lánguidamente el mentón en la mano; las notas puras de Vivaldi que flotan desde la ventana de alguna habitación; el abanico de flores radiantes del florista contra la tienda de piedra; un hombre que no tiene cuello descargando corderos de ojos desorbitados de su camión. Se los echa al hombro como si fueran sacos de harina. Cada pocos minutos, Ed mira al gran reloj que durante tantos años ha señalado el paso del tiempo en la *piazza*. Finalmente, se levanta para dar un paseo, memorizando cada piedra de la calle.

Del otro lado del jardín del hotel, un árabe que está de visita se pone a recitar sus oraciones en dirección a levante justo cuando empezaba a dormirme. Suena como si estuviera haciendo gárgaras con agua salada. Durante horas su voz monótona recita y recita, una y otra vez. Me dan ganas de asomarme a la ventana y gritarle que se calle. De vez en cuando me da por reír. Miro por la ventana y lo veo en su

ventana, asintiendo con una sonrisa en los labios. Me recuerda tanto a los subastadores de tabaco que oía de niña en los sofocantes almacenes del Sur de los Estados Unidos... Estoy a once mil kilómetros de casa, dilapidando los ahorros de toda una vida por un capricho. ¿Es un capricho? Es más bien como enamorarse, y eso nunca es realmente un capricho, sino que emana de muy adentro. ¿O sí lo es?

Cada vez que salimos de las habitaciones altas y frescas del hotel al sol afilado y damos un paseo, la ciudad nos gusta más y más. Las mesas de la terraza del bar Sport están frente a la *Piazza Signorelli*. Unos cuantos granjeros venden sus productos en los escalones del teatro del siglo XIX cada mañana. Mientras tomamos un *espresso*, los vemos sostener oxidadas pesas para los tomates. El resto de la *piazza* está rodeado de *palazzi* medievales o renacentistas que se conservan en perfecto estado. Casi espera uno ver aparecer en cualquier momento un personaje de *La Traviata*. Visitamos diariamente cada una de las puertas medievales rematadas con claves de las murallas etruscas, exploramos las angostas calles de piedra bordeadas por casas renacentistas o más antiguas y los aún más angostos *vicoli*, misteriosos callejones para peatones que con frecuencia presentan una pronunciada pendiente. Las «puertas de la muerte» del siglo XIV, que ahora están tapiadas, aún pueden verse. Unas puertas fantasma, situadas junto a la entrada principal de las casas y que, según dicen, se diseñaron para sacar a las víctimas de la peste..., hubiera traído mala suerte sacarlas por la puerta principal. Me doy cuenta de que en las puertas de las casas la gente suele dejar las llaves en la cerradura.

Las guías describen Cortona como «sombria y austera». Se equivocan. Su emplazamiento en lo alto de la colina, los muros y los edificios de piedra, erguidos y macizos, confieren a su arquitectura un carácter decididamente vertical. Al

atravesar la *piazza*, siento las sombras abruptas y angulosas caer con una pureza euclídea. Quiero levantarme y ponerme bien derecha... La verticalidad de los edificios parece contagiarse a sus habitantes. Caminan despaciosamente, con un hermoso... porte, ésa es la palabra. No dejo de decir: «¿No es preciosa esa chica?»; «¿No es deliciosa?»; «Mira qué cara... Un perfecto Rafael». A media tarde, estamos de nuevo sentados con nuestros *espressos*, mirando esta vez hacia la otra *piazza*. Una mujer de unos sesenta años pasa ante nosotros con su hija y su nieta adolescente, dando un paseo, cogidas del brazo, con el sol en sus rostros enérgicos. No sabemos por qué la luz resulta tan luminosa. Tal vez sea el oro que irradian las cosechas de girasoles de los campos vecinos. Las tres mujeres parecen tranquilas, orgullosas, impresionantemente complacidas. Debería haber una moneda de oro con sus rostros grabados.

Entre tanto, mientras damos sorbitos a nuestro *espresso*, el dólar cae con rapidez. Cada mañana nos vamos de la *piazza* para correr a consultar en los diferentes bancos los índices de cambio actualizados. Cuando cambias un cheque de viajero para una compra de última hora en el mercado de cuero, no tiene mayor importancia cómo esté el cambio, pero se trata de una casa con dos hectáreas, y cada lira cuenta. Una ligera caída en esos múltiplos hace que el estómago nos dé un vuelco. Cada cien liras que caen, calculamos cuánto más cara nos saldrá la casa. De modo irracional, también calculo cuántos pares de zapatos podría comprar con eso. Antes los zapatos eran lo que más compraba en Italia, mi pecado secreto. A veces volvía a casa con nueve pares nuevos: zapatos planos rojos de piel de serpiente, sandalias, botas de ante y varios pares de chanclas de distintos colores.

Normalmente, la comisión que cobran los bancos cuando reciben una transferencia de tan lejos varía. Necesitamos un respiro. Parece que van a quedarse una cantidad

importante, ya que confirmar un cheque en Italia puede llevar semanas.

Finalmente, recibimos una lección sobre el modo en que funcionan aquí las cosas. El doctor Carta, deseoso de zanjar el asunto, llama a su banco —el mismo que tienen su padre y su suegro— de Arezzo, a media hora de aquí.

Después nos llama a nosotros. «Vayan allí —nos dice—. No les cobrarán comisión por recibir el dinero y les darán la cantidad que corresponda al cambio en el momento en que llegue.»

Su astucia no me sorprende, aunque durante toda la negociación ha demostrado un espectacular desinterés por el dinero... Se limitó a decir un precio elevado y de ahí no se movió. Compró la propiedad a las cinco viejas hermanas de una familia de propietarios en Perugia el año pasado, con la idea, según nos dijo, de convertirla en una residencia de verano para su familia. Sin embargo, él y su esposa habían heredado una propiedad en la costa y decidieron quedarse con aquella. ¿Sería eso cierto o habría comprado la casa por una miseria a unas señoras nonagenarias y ahora pensaba hacer su agosto y comprarse una propiedad en la costa con nuestro dinero? Y no es que lo critique. Es listo.

El doctor Carta, temiendo tal vez que nos echemos atrás, llama y pide que nos encontremos en la casa. Aparece en su Alfa 164, vestido de Armani de los pies a la cabeza. «Hay otra cosa —dice, como si estuviera continuando una conversación—. Si me hacen el favor de acompañarme, quiero mostrarles algo.» Siguiendo el camino un centenar de metros, encontramos un sendero de piedra que corre entre olorosa retama. Es curioso, el sendero sigue colina arriba, rodeando una loma. Pronto encontramos ante nosotros una vista de 200 grados sobre el valle. Abajo quedan el camino bordeado de cipreses y un paisaje amable salpicado de viñedos y olivares. A lo lejos se vislumbra una mancha azul: el lago Trasimeno; hacia la derecha, los tejados rojos de Cortona recortados claramente contra el cielo. El